

José Tolentino Mendonça


EL PEQUEÑO CAMINO DE
LAS GRANDES PREGUNTAS

Traducción del portugués

TERESA MATARRANZ LÓPEZ

FRAGMENTA EDITORIAL

ÍNDICE

Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL Plaça del Nord, 4 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 69
Primera edición	OCTUBRE DEL 2020
Dirección editorial	IGNASI MORETA
Producción gráfica	IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de la cubierta	ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 2020	JOSÉ TOLENTINO MENDONÇA Y QUETZAL EDITORES por el texto
© 2020	TERESA MATARRANZ LÓPEZ por la traducción
© 2020	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U. per esta edició
Dipòsit legal	B. 18.096-2020
ISBN	978-84-17796-39-6
	Con la colaboración del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya
	RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
	PRINTED IN SPAIN

Un banco de jardín	13
Soy una pregunta	14
Estoy aquí a la espera de nada	15
La inmensidad que no se puede perder	16
Habitar la pregunta	17
Esta vida es el lugar de Dios	18
Lo que nos invita a acoger	19
Reaprender el asombro	20
La vida es más grande que nosotros	21
¿Qué es regresar?	22
Si acercamos el oído...	23
Un infinito herido	24
Entonces, ¿qué nos redime?	25
Creo porque es absurdo	26
La vida está llamada a un deshielo	27
Llevar una imagen de amor en nuestro interior	28
Cambiar el pan por un lirio	29
El dibujo de lo cotidiano	30
Una espiritualidad de lo provisional	31
Desacralizar el dinero	32
La gravedad vencida por la gracia	33
Crear es arriesgarse a creer	34
Ampliar la mirada	35

La necesidad de la sabiduría	36	No somos capaces de decir hacia dónde caminamos	66
El fútbol no es solo fútbol	37	La perfecta alegría	67
Reinventar la manera de escribir el amor	38	La ritualización del deporte	68
Que el pensamiento no se desligue de la mano	39	Más solos de lo que pensamos	69
La posibilidad de Dios	40	Lo que vemos no es todo lo que hay por ver	70
Construir un jardín	41	Quien necesita ayuda también ayuda	71
Tiempo de plantar	42	La vida tiene la forma de un grito	72
Sobre aquello que transmitimos	43	La insensatez que salva al mundo	73
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?	44	Si vuelvo a buscar lo que desea mi corazón	74
La batalla solitaria con uno mismo	45	El deseo de ser inútil	75
Venid a florecer a nuestra puerta	46	Darle al otro lo que no se tiene	76
El vacío de nuestras manos	47	Nuestro reflorar	77
Como si viésemos lo invisible	48	Más confianza que evidencias	78
El momento como oportunidad	49	¿Qué son las lágrimas?	79
El punto de partida de la fe	50	La pequeña llama	80
¿Qué es una ventana?	51	La vida será una aventura fecunda	81
¿Dónde está Dios?	52	Un modo de representar el camino	82
Reconocer el paso de Dios	53	La sorpresa de la santidad	83
Esta rueda de criaturas eternas	54	Un pequeño milagro cotidiano	84
El perfume de vida recién nacida	55	Pedimos cosas diferentes	85
¿Comprendemos todo aquello que creemos comprender?	56	Tráeme una historia	86
La publicidad como parábola	57	Porque era él, porque era yo	87
Preguntas sin respuesta	58	Donde existe lo humano, existe el viaje	88
Entra en tu habitación	59	La fe es una prueba interminable	89
La desaparición de las luciérnagas	60	Hacer del tiempo un templo	90
El peso y la levedad	61	Acercarse al silencio	91
La pequeña porción	62	La flor de lo que no cogemos	92
Lo que queda por escuchar	63	¿Sabes cuál es mi sueño?	93
El pasado es pasado	64	La palabra más bella	94
Sentados en el umbral del instante	65	Cuando bailamos, decimos la verdad	95

Una señal abierta de par en par	96	Sobre el arte de cosechar	126
La desdicha	97	El consuelo del viento	127
Crear en la resurrección	98	Instrucciones para el buen uso del fracaso	128
Reconocer el milagro	99	Algunas notas sobre la amabilidad	129
Parar y rehacerse	100	A las dieciocho horas	130
La manera de no desistir	101	La levedad	131
Los amigos se revelan	102	El punto de vista de los caminantes	132
El significado de la repetición	103	Goethe en Roma	133
El coste de nuestro amor	104	Las nubes	134
Encontrar el desierto	105	De qué lado está tu corazón	135
Cómo se construye una catedral	106	Como si no hubiese nada más importante	136
Elogio del verano	107	Fracasar mejor	137
Sobre la ternura de Dios	108	No hagas imposibles los milagros	138
Todas las maneras de rezar	109	¿Puedo repetir?	139
Dios debe ser un tú	110	La bicicleta	140
Hablarle a una pared	111	El sonido del silencio	141
Las líneas de fuego de la oración	112	Jamás alguien ha visto a Dios	142
Volver a contar la historia del mundo	113	El buen uso de las enfermedades	143
Una escalera de aluminio	114	¿Quién de los dos sostiene al otro?	144
Atravesar la propia soledad	115	La figura del padre	145
¿Sabemos qué es un amor?	116	Una conversación sin palabras	146
La capital de las lágrimas	117	Dios despierta una fuente	147
Protocolos de encuentro	118	Aliviamos los hombros de los publicitarios	148
Regresar a Galilea	119	Extraño sentimiento, la envidia	149
Los gestos de cada día	120	Conocemos la larga soledad y aprendemos	150
Tenemos que bailar	121	Nuestras espinas nos protegen	151
Cómo vivir juntos	122	Soledad y comunicación	152
La pequeña música del otoño	123	Tu estrella brillará	153
De lo que nos alcanza	124	Atravesar etapas de crisis	154
Caminar	125	Calzar sandalias de viento	155

Una especie de mirada nueva	156
¿Qué papel le reservamos al fracaso?	157
A la espera de Dios	158
¿Qué se ha hecho de nuestra alegría?	159
La fe es un libro de desasosiego	160
Una iglesia debe estar sucia	161
Pasemos a la otra orilla	162
Siento añoranza de Dios	163
Levántate y baila	164
No hay día que no nos visite un ángel	165
Tiempo de morir	166
¿Cuál será mi legado?	167
El brillo que dejarás	168

*Para comprender a los demás, necesitamos aprender
más de sus silencios que de sus palabras.*

IVAN ILLICH, *Liberar el futuro*

UN BANCO DE JARDÍN

CON FRECUENCIA, AQUELLO que nos parece más insignificante revela, para nuestra sorpresa, un interés que al principio no vimos. El paisaje de nuestra vida cotidiana está lleno de cosas así, cosas en las que no reparamos por el ritmo ajetreado que llevamos, pero con las que, cuando nos damos cuenta, comprendemos que estamos en deuda.

Por ejemplo, un banco de jardín. Sentados en él descansamos, escapamos por un momento del confuso frenesí, nos abrimos al silencio y a la contemplación o simplemente nos desperezamos al sol, con los ojos cerrados, sintiendo el olor de un tiempo reencontrado. Desde el banco de un jardín, el mundo parece cobrar un aspecto diferente. Abrazamos los márgenes olvidados de la vida, prestamos atención a zonas periféricas pero necesarias, miramos el colorido de otras voces. Y comprendemos que la alegría se nos acerca como una hoja traída por el viento.

Un banco de jardín puede parecer un objeto completamente prescindible. Sin embargo, representa muy bien todas esas cosas que nos ayudan a reorganizar no solo lo visible, sino también nuestro propio modo de ver. A su manera, se ofrece como teatro para construirnos a nosotros mismos. Pienso, por ejemplo, en los bancos de jardín que pintó van Gogh: algunos parecen una continuación de la naturaleza, otros un barco o una alfombra voladora.

SOY UNA PREGUNTA

¿QUIÉN HIZO LA PRIMERA pregunta? ¿Quién pronunció la primera palabra? ¿Quién lloró por primera vez? ¿Por qué es tan caliente el sol? ¿Por qué morimos? ¿Por qué amamos? ¿Por qué existen el sonido y el silencio? ¿Por qué existe el tiempo? ¿Por qué existen el espacio y el infinito? ¿Por qué existo yo? ¿Por qué existes tú?

La escritora Clarice Lispector creó una lista interminable de preguntas como estas. Hay un momento en el que comprendemos que las preguntas nos acercan más al sentido, a la apertura del sentido, que las respuestas. Las respuestas son útiles, sí, las necesitamos para seguir viviendo, pero la vida transforma esas respuestas en preguntas. Y no preguntamos necesariamente por habernos equivocado o por considerar insuficiente nuestra experiencia. La pregunta es la grafía de la exuberancia con la que se manifiesta la vida.

«Soy una pregunta», decía Clarice. Aun viviendo rodeados de preguntas, las más valiosas son, probablemente, aquellas que nos acompañan en silencio desde el principio, aquellas que se confunden con lo que somos, como las espinas en el tallo de una rosa, o como la rosa que, sin que sepamos cómo, florece en lo alto de una sucesión de espinas. Deberíamos dedicar más tiempo a escuchar esas preguntas que laten en nuestro interior enterradas bajo el aturdimiento de los días, silenciadas por el pragmatismo o el miedo, postergadas para el momento idóneo que después no llega nunca.

ESTOY AQUÍ A LA ESPERA DE NADA

¿POR QUÉ NOS RESISTIMOS tanto a parar y a encontrar formas de reposo que nos devuelvan a nosotros mismos? Por una simple razón: el movimiento nos parece más fácil de vivir. Llena el tiempo, nos mantiene ocupados en el interior de sus círculos vertiginosos, mientras que el reposo comienza muchas veces con una sensación de vaciado, sorprendente, incómodo, duro de lidiar. Por eso huimos del reposo verdadero, en el que el encuentro con nosotros mismos es inexcusable.

A menudo las personas agobiadas deciden tomarse un tiempo de descanso o de retiro. Con frecuencia, la primera experiencia por la que pasan es el deseo de escapar, considerar que esa pausa no ha sido una buena opción, porque se empiezan a sentir en completo desamparo, como si, de repente, luchasen solas contra su noche.

Thomas Merton, un maestro que deberíamos redescubrir, escribió: «El camino de la quietud ni siquiera llega a ser camino, y quien lo sigue no encuentra nada.» Suena extraño, ¿no? Aprender a reposar es también aprender a liberarse de la inmediatez de nuestras expectativas y de nuestros deseos demasiado idealizados. Dios no tiene expectativas. Reposar (y rezar y vivir...) es decir en el fondo del corazón: «Estoy aquí a la espera de nada.»